

SUPLEMENTO DIGITAL



Arquidiócesis de La Habana

Contenido

(Enero 2007. No. 10)

XVI Feria Internacional del Libro Cuba 2007
¿Réquiem por el Fauno?
Debate entre intelectuales: un acontecimiento favorable
Último mensaje del cardenal Jaime Ortega
Créditos

Para suscribirse al Suplemento Digital, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhabana.co.cu

La revista Espacio Laical puede ser vista en www.espaciolaical.trimilenio.net,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

XVI Feria Internacional del Libro Cuba 2007

Por Carlos Manuel Raya

Cuando este boletín circule habrá abierto sus puertas la edición XVI de la Feria Internacional del Libro en la Ciudad de la Habana. Según los organizadores, son numerosos los títulos que se pondrán a la venta. Y si a esto añadimos que en esta oportunidad es Argentina el invitado de honor, junto a México, uno de los países de mayor tradición y amplitud editorial del continente, es posible augurar un verdadero acontecimiento cultural a partir del día 8 de este mes.

Esta vez, además, la Feria estará dedicada a dos autores cubanos que pudieran considerarse pesos pesados en las letras de la Isla. Uno es el poeta César López, Premio Nacional de Literatura. Aunque pudiera ser un desconocido para las generaciones más jóvenes, César marcó con su vida y con su obra a escritores y lectores de los años 60. Para esta ocasión, Letras Cubanas publicará su libro *Circulando el cuadrado*, un texto de exquisita factura. Ediciones Unión, por su parte, nos regalará otra vez esa imprescindible poesía que habita su *Libro de la ciudad*.

Del doctor Torres-Cuevas poco habría que añadir al hecho de que se trata de un verdadero polígrafo. Considerado un historiador especializado en lo que pudiéramos llamar pensamiento fundacional de la nación cubana, Torres-Cuevas es un autor ineludible para acercarnos, durante la primera mitad del siglo XIX, a quienes pensaron a Cuba: Varela, Saco, el Obispo Espada, Luz, entre otros. Su singularidad como investigador en la historiografía cubana reciente está en hurgar las raíces más profundas de la también llamada cubanidad a través de desmitificaciones; la exposición de los hechos, contextualizados y desde el punto de vista de quienes los vivieron. Por eso resultan tentadoras sus ofertas en esta Feria: *Historia del Pensamiento Cubano*, y *En busca de la Cubanidad* (dos tomos), ambos de la Editorial Ciencias Sociales. Esta misma editorial presentará, además, entre otros, el libro *El laberinto tras la caída del muro*, del investigador Aurelio Alonso Tejada.

La Editorial Arte y Literatura presentará una variada cantidad de títulos, entre los que sobresalen *Antología del cuento argentino contemporáneo* (varios autores; comp.: Basilia Papastamatú), *Diccionario de cine* (Rodolfo Santovenia) un clásico griego como *El Banquete*, de Platón; la reedición en Cuba del notable policiaco *La llave de Cristal*, de Dashiell Hammett, y las excelentes crónicas de época de Mark Twain.

Letras Cubanas muestra un catálogo apetitoso para el lector enterado y aún para aquel iniciado en el conocimiento de lo mejor de nuestras letras. Su *Historia de la Literatura Cubana* promete ser un texto integral, serio. El escritor Enrique Labrador Ruiz, considerado por muchos especialistas de los más originales narradores de la Isla de todos los tiempos, vuelve a ser publicado en su país: *La sangre hambrienta*. Tendremos la oportunidad de obtener dos libros de esos que no se prestan: *Obra Poética* de Eliseo Diego, y *Teatro Completo* de Virgilio Piñera.

La Editorial de Casa de las Américas, como ya es habitual, ha hecho una buena selección para esta Feria. Autores de la talla de Conti, Vicente Battista, Bioy Casares, Borges (¡la reedición de sus *Páginas Escogidas!*), Fontanarrosa, Urondo y Poniatowska son proa sólida que presagian una buena travesía para esta editorial en la edición XVI de la Feria del Libro.

Un hecho curioso es que las editoriales para niños y jóvenes han hecho una muy variada selección de textos para ese público, tan necesitado de dar sus primeros pasos seguros por el infinito mundo de la letra impresa. Lo interesante no es la cantidad de títulos nuevos, sino la calidad y la diversidad geográfica de los autores. A modo de ejemplo la Editorial Gente Nueva trae clásicos como las *Fábulas de La Fontaine*, *Las Aventuras de Pinocho*, de Collodi. En cada página del poeta ruso Mayakowski y una curiosidad que podría agotarse en breve: *Malditas matemáticas: Alicia en el país de los números*, de Carlos Fabretti.

Es de esperar que los organizadores de la Feria Internacional del Libro hayan previsto, para esta ocasión, minimizar todas las dificultades que se han presentado otras veces con el transporte, los precios, la cantidad de ejemplares en venta y el acceso a las presentaciones. El esfuerzo hecho por el país para organizar semejante fiesta, y el sacrificio de cientos de trabajadores anónimos del libro merecen, en verdad, un pueblo más culto, más crecido en espiritualidad.

¿Réquiem por el Fauno?

Por Pedro Raúl Domínguez

El Día de los Enamorados, o Día de San Valentín, como también se le conoce en buena parte del mundo, probablemente proviene de una antiquísima festividad pastoril pagana en honor al Dios Fauno, romanizado como Dios Pan. Esta divinidad reinaba en los campos y los cultivos, y tenía una especial aptitud para comunicarse con los hombres, mimetizado en los sonidos del bosque y en esos sueños no apacibles que son las pesadillas.

Fauno-Pan poseía, además, la clave de la fertilidad. De ese modo, su intersección en asuntos de amores y de siembras resultaba una sola cosa: no hay fauna sin pan. Los antiguos celebrantes de la Festividad de Lupercales (15 de febrero), llamaban al pan, Pan: la fecundidad de los suelos y de los rebaños pasaba, también, por la fertilidad de sus pastores.

La celebración puede haberse cristianizado hacia los siglos III y IV, al tomar de dos mártires romanos llamados ambos Valentín el patronímico con el cual hoy lo conocemos. Poco se sabe de estos santos, y poco cambió el sentido, durante 1,600 años, del Día de los Enamorados: al Dios Pan se le continuó reverenciando con vino.

No podríamos establecer con exactitud el momento en que se le empezó a llamar, y por qué, Día de la Amistad. Ya no fueron solo los novios o los esposos quienes se hacían regalos o actualizaban su compromiso. Ahora también los solitarios querían su hogaza. Y aunque hay justicia en esa práctica, surgida a finales del siglo XX, lo cierto es que ya no cabría aquello de que al pan, pan, porque ahora el vino era amistad.

Lo interesante es que no sólo han cambiado los referentes, es decir, los enamorados y su fecha exclusiva, sino que los mismos enamorados pueden ser otra cosa. Ya no se habla, para referirse al otro, de novio(a), esposo(a), sino de compañera(o), pareja o relación. Esta es mi nueva relación, se dice. A la extinción del Chaperonismo sucedió el Alojismo, de manera que sean novios, esposos, divorciados o amigos -relación, en fin- se alojan en una de las casas casi desde el primer día que se conocen.

Mi cambio favorito, en cambio, son los regalos. En épocas pasadas, una novia o una esposa recibía un ramo de flores, un poema, un pastel. El novio o esposo, algo más práctico: una linda camisa o un perfume. Ahora hay una inversión de los presentes; una novia puede recibir el Día de los Enamorados un par de zapatos, un ajustador o una lycra, según el poder adquisitivo del novio y, sobre todo, la necesidad de la novia. Una esposa podría ser homenajeada con una botella de aceite, un rollo de papel sanitario, una lata de puré de tomate.

A cambio, el novio sería reciprocado con un disco de reggaetón -con melodías y letras a-tono con el Día-, y el esposo quizás con un par de chancletas para andar en la casa, o una jabita nueva para hacer los mandados. Lo curioso es que nadie se queja. Todo lo contrario: a veces se le sugiere a la relación que el regalo debería ser un ajustador, un pomo de aceite, un par de chancletas, una bolsa nueva porque la otra, la de tela, ya tiene un hueco en el fondo.

Pero el cambio más dramático es que ese día a veces se celebra la infertilidad. Los novios comentan que llevan dos o tres años de relación y, gracias a Dios, ella nunca ha salido embarazada. O ha tenido suerte, porque en los tres abortos, uno por año, nunca se ha complicado. Los esposos pudieran comentar que al fin, después de dos o tres matrimonios, han hallado al compañero perfecto: sin hijos, sin padres que cuidar, con una casa propia para alquilarla y vivir de la renta. Y si los esposos son de esa rarísima especie que lleva más de diez años juntos, comentarán lo atinados que estuvieron al decidir quedarse con un solo hijo, o con ninguno.

En ciertas leyendas el papel de Fauno se le atribuye a un rey que enseñó a su pueblo cómo cultivar la tierra y criar el ganado. Este rey introdujo también, supuestamente, el cultivo de la religión y del espíritu. Es curioso: el programa viene como un todo incluido; no es posible separar el Pan del Vino, a la Sangre del Cuerpo.

El Día del Amor es, asimismo, el Día de la Fe. Y Fe, confianza mutua, seguridad, certezas, esperanzas, deberían ser los mejores presentes en un Día como el de San Valentín.

Debate entre intelectuales: un acontecimiento favorable

Por Roberto Veiga González

Desde hace varias semanas, algunos seguimos un debate acerca de la política cultural cubana, en el cual están participando un número amplio de nuestros intelectuales, residentes en la Isla y en el extranjero. No conozco realmente la magnitud de cuántos cubanos radicados en Cuba pueden tener acceso a dicho coloquio, pues se está realizando a través del ciberespacio. Es una pena que no se efectuó al alcance de todos, pues el tema compete a la generalidad de los nacionales.

He sentido satisfacción, pues aunque conozco la solidez y cubanía del pensamiento de los intelectuales de mi país (utilizo mi con un sentido afectivo, no de posesión real o propiedad -como es lógico), jamás había experimentado un quehacer de éstos tan gremial y en relación con asuntos cardinales del acontecer de la cultura cubana. Lo cual resulta de suma importancia, dada la función que le corresponde a la intelectualidad en cada país, por ser la cultura fundamento esencial del crecimiento humano de toda sociedad.

El debate se ha realizado desde la tensión entre quienes opinan que las quiebras en la faena cultural cubana contemporánea han tenido su raíz en meros funcionarios, otros con el criterio de que descansan en el establecimiento de una ideología con pretensiones de ser única y dogmática, y aquellos que ubican la causa en la existencia misma de la Revolución. Lo desagradable ha sido que unos pocos, sobre todo desde el extranjero, dirimen sus diferencias devaluando y/u ofendiendo a quienes opinan de manera distinta.

Sin embargo resulta positivo que, a pesar de estas discrepancias, es posible encontrar una coincidencia unánime en el rechazo de las iniquidades cometidas, incluso por parte de las autoridades cubanas. Por otro lado, me parece apreciar que la generalidad concuerda en colocar la causa principal en el establecimiento de una ideología con pretensiones de ser única y dogmática; sin excluir, por supuesto, la saña con que algunos funcionarios han exigido dichos dogmas, y la responsabilidad del proceso político vivido por la nación cubana en la institucionalización de esos dogmas y métodos.

También resulta alentador que este diálogo, se hace evidente, es consecuencia de la singularidad del momento presente y expresa una preocupación responsable para con el futuro. Los intelectuales, en mi opinión, desean garantizar que las faltas cometidas no se repitan, así como asegurar una línea político-cultural cada vez más incluyente y creadora.

Esto último, me parece obvio, es la razón del debate que se ha desatado. Aunque hasta ahora el diálogo se esfuerza por presentar sobre todo los infortunios pasados, su motivación principal es el futuro, y sus protagonistas no han dejado de esbozar ideas al respecto. Según mi criterio, la propia Declaración de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), emitida a propósito del acontecimiento, con un lenguaje retórico pero desde una comprensión profunda de esta preocupación, se empeña en aclarar que el Estado cubano garantizará una gestión cultural martiana y antidogmática, creadora y participativa.

Algunos han preferido obviar este compromiso oficial, ya sea por escepticismo o aludiendo que la UNEAC no es una entidad con capacidad para perfilar la política cultural del gobierno, sino simplemente la asociación donde se agrupan los escritores y artistas. Esto último es un pretexto. No es posible concebir ese argumento conociendo el carácter de las organizaciones sociales en Cuba (lo cual sería un tema a dialogar) y las circunstancias en que fue elaborada dicha Declaración. Por otra parte, la generalidad indica que la misma adolece de ambigüedad y cuestiona su publicación en la prensa ya que no se ha dado cobertura periodística al acontecimiento.

Sin restarle energía a los asuntos del pasado, pues decidieron la vida de unos cuantos hermanos que murieron sufriendo la sinrazón cometida contra ellos y la de tantos otros que ahora mismo batallan por crear, y porque además ese pasado es una experiencia histórica que debe brindarnos muchas enseñanzas; repito, sin restarle una gota de energía a esa cuestión, desearía ver que multipliquen la reflexión en cuanto al futuro, única realidad sobre la cual verdaderamente se podrá influir. Muchos han proyectado juicios en ese sentido, la misma Declaración de la UNEAC con su definición de la política cultural es una muestra de ello. Pienso que sería conveniente consensuar qué debemos entender cuando se dice que la labor cultural cubana ha de ser martiana y antidogmática, creadora y participativa.

Varios intelectuales han asegurado sentirse preocupados porque, según su opinión, la UNEAC insinúa en su Declaración que todos los elementos del concepto de política cultural que ofrece (martiana y antidogmática, creadora y participativa) deben estar condicionados por la máxima siguiente: Dentro de la Revolución todo, fuera de la Revolución nada.

Quienes se inquietan por esta regla, algunos sostienen ser revolucionarios, aseguran que se carece de una definición clara y consensuada acerca de qué es la Revolución. En tal sentido, interrogan sobre quién o quiénes decidirán entonces lo que se coloca o no dentro de la misma.

Es cierto que ha faltado una definición clara y consensuada de manera participativa acerca de qué es la Revolución. Sin embargo, es necesario reconocer, la inmensa mayoría de los cubanos ha creído encontrar con mucha claridad esta definición por medio de las políticas y de los métodos que han emanado de las instancias supremas de país, donde a su vez quedó depositada la custodia de la Revolución. Este es un tema que exigiría mucho análisis e incluiría los siguientes aspectos: definición de la Revolución, relación entre ella y las políticas oficiales y las actitudes de los nacionales, legitimidad de la misma, entre otros.

Puede ser beneficioso que quienes sientan dicha carencia integren al debate el esfuerzo por gestionar una definición encaminada a concretar de manera explícita qué es la Revolución, con el objetivo de lograr un concepto claro que no limite ningún acto moralmente legítimo. Para procurarlo sobra en Cuba experiencia y sabiduría, así como la posibilidad de emplear un conjunto de principios humanos y nacionales, incluyentes y bien elaborados, que han intentado dar forma a ese concepto durante los siglos XIX y XX cubanos. Desde hace algún tiempo y con cierta insistencia, las propias autoridades cubanas no presentan a la Revolución como una ideología, sino únicamente como un conjunto de principios (cambiar todo lo que debe ser cambiado, igualdad y libertad plenas, ser tratado y tratar a los demás como seres humanos...).

Es un signo esperanzador que entre los intelectuales cubanos exista este debate, al parecer en aumento: cada vez son más los que opinan, se han efectuado reuniones y se convocan otras, etcétera. También es importante indicar que el Estado ha aceptado el suceso con el respeto debido. Pues el tema de la cultura se conecta con todos los ámbitos de la sociedad, y las inquietudes presentadas por la generalidad de los protagonistas del debate constituyen necesidades esenciales para facilitar el mejoramiento continuo del universo nacional.

Último mensaje del cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana , publicado en AQUÍ LA IGLESIA **Hay que cuidar la familia**



Este año la Navidad fue celebrada en Cuba de manera muy familiar. El número de familias que se reúnen para la celebración de la Nochebuena ha ido creciendo de año en año. Y es que en Cuba la Navidad se ha caracterizado siempre por ser una celebración proverbialmente familiar. En la más genuina tradición cubana, la cena de Nochebuena, en la noche del 24 de diciembre, es ocasión privilegiada para la reunión de la familia, en ese clima de paz y de serena alegría que la diferencia marcadamente de cualquiera de nuestras demás fiestas. Para el cubano la familia se ha mantenido durante mucho tiempo como un valor, tal vez para muchos el primero y más importante de todos.

El pasado año, sin embargo, se han dado a conocer los resultados de algunos estudios demográficos y sociológicos que suscitan preocupación sobre el futuro de la familia en Cuba. Entre ellos se destaca un dato particularmente inquietante: la mujer en Cuba muestra cada vez menos disposición a la maternidad. Los análisis de la situación indican que los índices de natalidad se han reducido consistentemente durante los últimos decenios. Este fenómeno, que viene aquejando desde hace tiempo a países económicamente mucho más desarrollados que el nuestro, tiene serias consecuencias, porque cuando la natalidad disminuye, la sociedad se ve afectada de múltiples formas: en el mundo laboral escasea el reemplazo de la fuerza de trabajo, en especial en aquellos sectores, como la ciencia y la tecnología, en los que la creatividad y la capacidad innovadora de los jóvenes es insustituible; en la esfera económica, el sustento del creciente sector de la población que

depende de la seguridad social, recae sobre la población económicamente activa, que constituye a su vez una proporción cada vez menor del total; en lo social, tiende a imponerse un modelo de familia restringida, empobrecida en algunas de sus más genuinas expresiones de humanidad, como la ternura maternal, la vitalidad de la juventud y la inocencia de la niñez.

Se han mencionado algunos factores involucrados, bien conocidos por todos: la escasez de viviendas, que impone a las familias complejas situaciones de convivencia, los salarios insuficientes y la emigración continua de mujeres, casi todas en edad fértil. A esto se une la nueva condición de la mujer trabajadora que desea alcanzar un desempeño más eficiente en el ámbito laboral, donde su rol como madre tiende a considerarse como un obstáculo a su desarrollo profesional.

Serios como son todos y cada uno de estos factores, mi mirada de pastor se fija sobre todo en el núcleo moral y espiritual del problema. El rechazo de la fecundidad se contrapone esencialmente al don generoso de la vida: cuando nos centramos en nosotros mismos y en nuestra propia conveniencia, tendemos a cerrar obstinadamente el paso a la maravilla de la creación, que pugna siempre por fructificar y renovarse. Sin don de sí no hay crecimiento: es sólo el sacrificio de la semilla el que garantiza que ésta germine en una nueva planta. Es así, y sólo así, que podrá producir “el ciento por uno”. Un hijo es regalo, promesa, futuro; ¿cómo es posible que tantos lo eviten como si fuera un estorbo, o peor aún, una amenaza?

Sería un grave error pensar que la solución de las necesidades materiales de la sociedad resolverá por sí misma esta negativa tendencia, que de hecho se ha manifestado primero y mayoritariamente en las sociedades materialmente más ricas. Obviamente, las estrecheces materiales influyen, pero es más bien en la crisis de importantes valores familiares donde hay que buscar las causas profundas del fenómeno.

La escasa apreciación por el compromiso conyugal que ha elevado significativamente la proporción de parejas que desisten del matrimonio para optar por la unión consensual, favorece la infidelidad y potencia el que un gran número de los matrimonios que llegan a realizarse terminen en divorcios, con sus secuelas de problemas emocionales en los hijos y en los propios padres divorciados. Por otra parte, la práctica del aborto contribuye a depreciar la maternidad, mientras que la alta proporción de matrimonios deshechos asigna un papel desproporcionado a los familiares mayores, sobre todo los abuelos, en la educación de los niños. Todo esto socava gravemente la institución familiar.

Una solución en profundidad debe basarse en los valores que constituyen el patrimonio moral de nuestro pueblo. En cualquier cultura, el sustento más sólido para los valores morales es la fe religiosa.

En esto radica el gran aporte que la fe cristiana puede hacer a la familia en Cuba en este tiempo en que los hombres y mujeres no encuentran razón para casarse, para ser fieles a sus cónyuges, para formar familias unidas y estables, para ser generosamente fecundos, para dedicar a sus hijos el tiempo y la atención que necesitan o para cuidar de sus mayores con el cariño y respeto que merecen. También los cubanos de mañana están amenazados por la sombría perspectiva de una sociedad envejecida, baldada por la escasez de jóvenes, cuyo advenimiento podría evitarse con las opciones generosas de hoy. Cuando decimos que la misión de la Iglesia es anunciar a Jesucristo, no hablamos de un anuncio teórico y como ajeno a la realidad, sino del que se dirige a cada ser humano, en sus circunstancias concretas de tiempo y lugar: también a los cubanos de hoy,

Sin embargo, en vano buscaríamos en el Evangelio recetas sobre el modo de tratarse los esposos, o el cuidado de los niños y su educación. ¿En qué sentido, pues, la fe religiosa puede ayudar al fortalecimiento de la vida familiar?

Si abrimos el Evangelio encontramos a Jesús que nos habla del Reino de Dios. Este reino es como un nuevo modelo de sociedad que no se opone a ningún otro modelo, pero, que perfecciona todo otro modelo. Jesús nos pide que busquemos ese Reino de Dios y la justicia que lleva consigo, pues todas las demás cosas las alcanzaremos entonces más

fácilmente, que no hay que pensar primero en cómo me vestirá o en qué comeremos mañana, que pongamos en primer lugar a Dios en nuestras vidas y todo lo demás vendrá después.

Jesús está hablando ni más ni menos que de la fe en Dios que es una luz, una fuerza interior, una seguridad espiritual que transforma la vida del verdadero creyente y lo hace capaz de enfrentar con serenidad y confianza los desafíos de la vida misma.

Valores como la fidelidad entre los esposos, la generosidad para desear los hijos, aceptarlos con gozo y educarlos, la capacidad de sacrificio en pro de los demás, el olvido de sí mismo y todo lo que ennoblece la vida propia y las relaciones de amor y aún de servicio desinteresado a la sociedad encuentra un asidero seguro en la fe cristiana.

La fe hace que el hombre y la mujer se crezcan como humanos en su papel de esposos y de padres.

El ser humano necesita mirar hacia algo más grande que él mismo para encontrar la razón de los valores que aprecia. Por esto no se trata de una enseñanza moralizante sobre valores o sobre cómo deben ser las cosas lo que la Iglesia ofrece al hombre y a la mujer de hoy, sino hacer que redescubran su condición humana perdida en un bosque de falsos placeres, de espejismos, de vicios y consejos juiciosos o desacertados que terminan por aturdir.

Hay que hallar un sentido a la vida, y éste se encuentra siempre en el sobrepasamiento de sí, en la posibilidad de encontrar la felicidad no en el fondo de una copa, ni en la sensualidad desenfrenada o en la despreocupación de una vida irresponsable, sino en la autorrealización por el amor, que es siempre un salir de sí, para buscar el bien del otro. Dios es amor, así lo define San Juan en su primera carta. Este es el Dios verdadero, el que la Iglesia anuncia a los hombres y mujeres que buscan y no hallan, que están vacíos y anhelan la plenitud.

Cuando se funda en el amor de Dios la relación hombre-mujer, la paternidad y la maternidad, con los consuelos y sacrificios que esto comporta, pueden los esposos redescubrir que la fidelidad es posible, que es hermoso engendrar y educar a los hijos, que el amor es perdurable por naturaleza y no transitorio, que cuidar el amor es la base de una vida matrimonial feliz, también desde el punto de vista erótico, sexual. La sexualidad humana se explica desde el amor. Sólo así encuentra su verdadera realización. Si creemos que Dios es amor, crearemos que en el poder creador y renovador del amor. Y el amor hace posible todo porque hemos nacido para amar.

Esta es la belleza de la fe cristiana que nos hace redescubrir valores y nos decide a vivirlos. Así es como la Iglesia puede contribuir al bien de la familia en la sociedad, proponiendo la fe cristiana como el fundamento más sólido de los valores familiares.

Con mi especial bendición para cada uno de ustedes y sus familias.



CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Habey Hechavarría y Lenier González.

Diseño: Ballate-ManRoval